La fábula política española en el siglo XIX

Con excepciones notables como las de Iriarte y Samaniego, nuestros fabulistas apenas se conocen a pesar de haber muchos y de interés, y de que la fábula española, como género literario, ofrece materia de estudio tan amplia como prometedora. Me ocuparé hoy de la fábula política en el siglo XIX y de algunos autores que la representan.

La Revolución Francesa trajo un cambio radical en la sociedad y la concienciación de las masas; los ecos llegaron también a la España timorata de Carlos IV, tanto que Estala escribía a Forner: «Todos se han metido de hoz y coz a políticos. Hasta los mozos de esquina compran la *Gaceta*. En las tabernas y en los altos estrados, junto a Mariblanca y en el café, no se oye más que batallas, revolución, convención, representación nacional, libertad, igualdad»[1]. Poco después, durante la guerra de la Independencia, se fueron definiendo las tendencias políticas de cada español y, entre los fabulistas, el conde de Noroña, el marqués de Casa Cagigal y el P. Valvidares fueron partidarios del «absoluto» mientras que Joaquín Lorenzo Villanueva, José Joaquín de Mora, Cristóbal de Beña y Pablo de Jérica estaban por las nuevas ideas y acabarían todos en la emigración.

Del sentir de los patriotas en aquella guerra son buena muestra las *Fábulas satíricas, políticas y morales sobre el actual estado de la Europa* (1811), de fray Ramón Valvidares, pues constituyen una diatriba contra Napoleón tan enconada que apenas hay fábula sin insultos para el «Corso», elefante soberbio, tigre carnicero, lobo con piel de oveja, zorra astuta y ave de presa[2]. Es muy posible que fray Ramón, como tantos espíritus devotos de entonces, pensara que el emperador era un ente infernal y en más de una ocasión trató de representar su deformidad moral por la física

[1] Citado por César Armando Gómez, *Antología de fábulas*. (Barcelona, Labor, 1969), pág. 49.

[2] Publicadas posiblemente en Cádiz, sin más pie de imprenta que la fecha de 1811. Parece que algunas se habían publicado sueltas anteriormente.

de un engendro. Suele hacerlo en unos deliciosos romances de ciego tan sentidos, tan ramplones y tan castizos como el de esta fábula:

> En un islote de Europa / nació un monstruo tan horrendo
> que turbaba con mirarlo / el corazón más sereno.
> De su cabeza salían / muchos retorcidos cuernos,
> su lengua era de serpiente, / sus manos de lobo hambriento.
> Mas era su mayor falta / no tener pluma ni vello,
> que nada bueno hacer puede / animal de poco pelo.
>
> («El Monstruo»)

La Independencia toma el carácter de guerra santa y, lo mismo que un profeta bíblico, nuestro fabulista profiere amenazas y predice derrotas y castigos a sus adversarios: los afrancesados deberán leer la fábula del cebón «porque llegará el día / que toquen a degüello / y habrán sólo engordado / para morir gimiendo» («El Puerco doméstico y el Jabalí»). De entre las predicciones hechas a Napoleón destaco una en la fábula «El Obelisco», donde describe con elegancia clásica cómo un tirano victorioso y altivo alzó un monumento en el que colgó tal cantidad de trofeos, que al fin se vino abajo.

Valvidares acude a asuntos conocidos a los que da una significación nueva; así, «El Cuervo con plumas ajenas» es el usurpador José, «El Elefante y el Ratón» y «El Oso y el Mosquito» glorifican la resistencia de las guerrillas frente al poderoso ejército francés. En la «Razón de obra», después de lamentar la crisis de los valores tradicionales y el triunfo del Tirano, justifica su tarea de fabulista «pues no hallo ciertamente otro remedio más adecuado que el presente contra un cáncer tan contagioso, después de ver frustrados los más poderosos y eficaces» (pág. xix).

Constitucional fue don Cristóbal de Beña, quien, al decir del duque de Rivas que le trató íntimamente en Cádiz hacia el año 12, fue «de vivo y claro ingenio... liberal de buena fe, como lo eran casi todos los de aquel tiempo». Fue muy conocido por sus dotes de repentizador y por sus fábulas, publicadas en 1813, de las que vieron luz ocho ediciones[3]. Aunque Beña escribió poesías satíricas y de circunstancias, muchas patrióticas, trató de que sus fábulas tuvieran valor de máximas. Aun cuando en ocasiones toca asuntos tradicionales —cómo se ha de evitar la intimidad con los

[3] *Fábulas políticas de D. C. B.**** (Londres, S. M. Dowal, 1813). Reimpresiones de 1818 y 1820. También en 1820 salieron tres más (Madrid, Imprenta de la calle de la Greda; Granada, Francisco de Benavides; y Zaragoza, Imprenta de Andrés Sebastián). Hay otra de Madrid; Imprenta de la Gaceta, s. a., y otra moderna de Madrid; Victoriano Suárez, 1946, que Palau da como «edición facsímil en miniatura.»

poderosos, o no triunfan los buenos sino los aduladores— las fábulas ilustran muy claramente el enfrentamiento de las dos Españas, ya inevitable. Los gobernantes no cumplen las leyes y oprimen al pueblo, son oportunistas e ineptos, pero el pueblo ha despertado ya y no sufre la tiranía; hasta los animales aquí forman repúblicas, acuden a congresos y votan democráticamente.

Beña asegura que su propósito es corregir «los vicios y falta de saber» («El Zorro y los Burros. Al lector») aun cuando por tales se entiendan los de los absolutistas. En la «república ilustrada» de las abejas, éstas destierran a unos zánganos en quienes se adivina al clero («Las Abejas y los Zánganos»); muy significativa resulta «La Esclaera y el Farolero»; en ella, los escalones más altos se creen superiores a los demás hasta que el farolero da la vuelta a la escalera. La moraleja predica la igualdad social, pues «cada clase un escalón / en las repúblicas es» y advierte que las diferencias entre unos y otros son sólo aparentes y podrían cambiar «en cualquier revolución».

Apenas proclamada la Constitución, el autor aconseja a los liberales que traten con decisión a los serviles. Estos son «racionales culebrones / que mostráis por la ignorancia / las antiguas opiniones» (VII), sin deseo de cambiarlas, y mochuelos «que aman las tinieblas» pues huyen de la luz de la «ilustración» (IV). Finalmente, la fábula «Los Cangrejos» (XII) es una alusión transparente a la lucha, declarada ya, entre absolutistas y liberales. Pinta cómo reacciona la España del antiguo régimen —«la cangreja nación»— ante las nuevas leyes que ordenan caminar hacia adelante en lugar de hacia atrás, como se venía haciendo. Los jóvenes se enfrentan a unos viejos incapaces de cambiar y temerosos de perder sus preeminencias que corren la voz de que el nuevo sistema acabará hasta con «la religión de sus abuelos». A ello responden los partidarios del progreso: «Si el andar hacia atrás ya es prohibido / y si todos sus miras conocemos, / anden ellos según les diere gana / que nuestro palo les pondrá derechos.»

También Pablo de Jérica tuvo ideas liberales, fue miliciano en Cádiz, estuvo emigrado varias veces y concluyó por retirarse a Francia[4]. De sus *Poesías* (1814), en las que incluyó las fábulas, salieron varias ediciones; restaurado el absolutismo, la Inquisición se apresuró a incluirlas en el Indice de obras prohibidas «por heréticas, mal sonantes y piarum aurium ofen-

[4] *Ensayos poéticos* (Valencia, 1814); *Poesías* (París, 1817); *Id.* (Vitoria, 1822); *Id.* nueva ed. corregida y considerablemente aumentada sobre las anteriores (Burdeos, 1831); «5.ª edición» (Vitoria, Imprenta del Norte de España, 1869). Tiene un interesante prólogo del sobrino del autor: *Fables traduites pour la première fois de l'espagnol en vers français* par Hippolyte Topim (Livourne, Imprenta de François Vigo, 1870). Va precedido por un estudio sobre la fábula en España.

sivas». La cosa no era para menos. Además de poesías líricas, de un delicado tono dieciochesco, y de las fábulas, hay en este libro cantidad de epigramas y obras satíricas, escritas muchas de ellas para ridiculizar al clero, como aquel epitafio que dice: «Aquí fray Diego reposa / y jamás hizo otra cosa». Jérica tiene una gracia zumbona y una ironía aguda que hacían reír en su tiempo pues tocaba asuntos —dudosa virtud de las mujeres, sensualidad de los frailes, ridiculez de los cornudos— que hoy resultan fríos.

Hay en estas fábulas temas esópicos junto a otros nuevos, encaminados todos a desprestigiar las instituciones del viejo régimen. Cuando «La Raposa» justifica sus hurtos diciendo que se los permite un antiguo fuero, Jérica ataca la institución monárquica en su raíz pues asegura que «Todo abuso y desatino, / las más absurdas patrañas, / las prácticas más extrañas / son de derecho divino!!!»; medran los cortesanos aduladores de un déspota que paga la sinceridad con la muerte («La Perra faldera»); las leyes no representan la voluntad nacional pues el pueblo no tiene voto, nacen del capricho o de la conveniencia del déspota («El León con jaqueca»). De este modo, cuando los animales han de elegir nuevo rey, Jérica desdeña las soluciones posibles en esta vieja fábula y, por boca del Perro, advierte que los monarcas absolutos gobiernan al gusto de sus amantes o de sus lacayos y por eso, «para rey de los brutos / cualquiera es bueno, el Asno» («El club de los animales»).

No resultaba fácil introducir las nuevas ideas en un país tan apegado a sus tradiciones como lo era España, y Jérica, como antes lo hizo Beña, hace blanco de sus tiros a los enemigos de reformas: los proverbiales cangrejos, incapaces de andar hacia adelante; «El Asno de Juan Rana» que echa en falta la albarda y la reclama por estar ya acostumbrado a ella; o el otro, fracasado reformador de unos coterréneos convencidos de que «Burros nacido hemos / y borricos también morir queremos». Reaparecen también otros temas como el de la Libertad, bien supremo del hombre («El Jilguero») y el del parasitismo ancestral del clero español («La Zorra ermitaña», «Los Cuervos»).

José María Gutiérrez de Alba, que fue contemporáneo de Zorrilla y de Rodríguez Rubí, tuvo una larga carrera como periodista y en el teatro, sufrió persecuciones por sus ideas y publicó unas *Fábulas políticas* en 1845 que le dieron bastante renombre[5]. Por entonces había concluído ya de

[5] *Fábulas políticas originales de... dedicadas por su autor al pueblo libre.* Segunda edición (Sevilla, Establecimiento tipográfico a cargo de Juan Moyano, 1845); no conozco la 1.ª ed. *Lecciones para el pueblo. Fábulas políticas, o sean sinapismos, ventosas y cantáridas aplicadas a algunos enfermos de toda situación, con la historia de ocho animales célebres de la isla de Los Camaleones*, Por... Edición

mala manera la regencia de Espartero, el futuro matrimonio de Isabel II enfrentaba más que nunca a las diferentes facciones y los enviados de Inglaterra y de Francia intervenían descaradamente en la política española. Eran tiempos de confusión y de negocios sucios en los que cada partido tenía mucho que criticar... cuando se lo permitía la censura. Recordemos también que por entonces metía mucho ruido un grupo de escritores progresistas, algunos de ellos fervientes republicanos, como Wenceslao Ayguals de Izco, autor de *María o la hija de un jornalero*, el satírico Juan Martínez Villergas, o los hermanos Eusebio y Eduardo Asquerino, fecundos autores de dramas histórico-políticos.

Gutiérrez de Alba tiene el propósito de corregir abusos y, sobre todo, de politizar a las masas. Ve a Napoleón como al gran héroe moderno, hijo del pueblo que dio «leyes / que obedecieron orgullosos reyes», y espera que el triunfo de la Libertad traiga el fin de la tiranía y una era de hermandad universal. Estas fábulas, tituladas *Lecciones para el pueblo* en la edición de 1856, van dedicadas también a un *Pueblo*, escrito siempre con mayúscula y en bastardilla. Tocan temas ya conocidos y, entre los principales, destaco el de la igualdad social representado por el cuentecito de la elegante jarra que se burla del cántaro, útil y tosco. La moraleja instruye, «La jarra, oh *Pueblo*! / es el noble, / el cántaro es el plebeyo / y la voluble fortuna / la mano del alfarero» («El Cántaro y la Jarra»). Los monarcas deberán aprender a respetar las leyes pues el pueblo no puede vivir sin libertad y despertará un día reclamándola; que recuerden que existen los pueblos sin reyes, pero no los reyes sin pueblos («Los dos Monos», «El Monte y la Encina»). Con todo, los «mandarines» en el poder gozan, huelgan y prosperan a costa del sacrificio de los trabajadores. A este propósito resulta muy expresiva una fabulita en forma de seguidilla que dice: «Al salir de la Inclusa / va uno diciendo: / Esa casa es del mundo / vivo reflejo. / Verdad notoria / que en él los unos maman, / los otros lloran» («La Inclusa»).

Muchas previenen contra los traidores que engañan al Pueblo prometiéndole libertad y una vez que han llegado al poder, no se la dan («Los Muchachos y el Nogal»); contra los «camaleones» que atentos a su medro personal cambian de credo («Los Camaleones»); y contra los que venden a sus correligionarios por los honores y el oro («El Burro diputado») aunque también otras fábulas advierten a los traidores que el Pueblo no perdona y que les sucederá lo que a «Las Zorras» que perdieron la vida por su falsía. También resulta imposible pensar en una coalición de par-

flamante y económica (Madrid, Imprenta de la Discusión, 1856); *La política en imágenes. Colección de fábulas originales* (Madrid, Manuel Minuesa, 1868).

tidos pues la Libertad y el «Servilismo» no podrán pactar jamás; la misma sociedad que es madre de los poderes hace de madrastra con el proletariado («La Madrastra»). A éste no le queda más defensa que la vigilancia constante y no hacer concesiones para no caer bajo el yugo de los tiranos; no le vaya a ocurrir lo que al poderoso elefante que se echó a dormir y fue encadenado por los hombres: «Si el *Pueblo* sufre / la tiranía / porque confía / en su poder / en vano luego / de su verdugo / el fuerte yugo / querrá romper» («El Hombre y el Elefante»). Quiero destacar unas curiosas fábulas escritas en contra del servicio militar obligatorio que deja a las madres sin hijos y los campos baldíos («El Segador», «El Rey y el Labriego»), y otra que ataca el centralismo administrativo de España porque absorbe la riqueza de las provincias y acabará por arruinarlas («El Labrador»).

También fue fabulista Hartzenbusch y, muy posiblemente, el mejor de su tiempo[6]. Tradujo y adaptó a los alemanes, se inspiró en los clásicos españoles y sus propias fábulas, de asunto muy vario, son tan originales como amenas. Aunque no son las más numerosas, las de contenido político enjuician la España contemporánea con la serenidad propia de quien no participa en la lucha de partidos, condenan extremismos y reflejan el escepticismo y la cautela de un burgués ilustrado y con experiencia de la vida. En ellas el autor previene a quienes se echan a la calle pidiendo Libertad que ésta de nada sirve si no se usa bien («El uso de la libertad»), y en más de una ocasión apunta con ironía que quienes más vociferan no suelen ser ni los mejores patriotas ni los mejor enterados («Las mulas de Donato»).

Hartzenbusch es enemigo de la violencia, ya se manifieste en algaradas populares, ya en grandes gestas militares que a nada conducen. En «La Rueca y la Vara» contrapone la tarea benéfica de la hilandera a la represión ordenancista del cabo de varas. La fábula «El Tesoro», que podría haber escrito un noventayochista, cuenta con mucha gracia la gloriosa expedición de unos caballeros a lejanas tierras y cómo tras enormes gastos y sacrificios, matan un dragón, se apoderan de un tesoro y caen luego en la cuenta de que su valor tan sólo alcanza a cubrir los gastos de la expedición. La moraleja concluye «Son los conquistadores / gloria de su país, pero funesta. / Esfuerzos destructores / cada laurel a la nación le cuesta / y tras hechos brillantes, / queda, si estaba mal, tan mal como antes.»

[6] Hay una excelente edición de las *Fábulas* de Hartzenbusch con introducción y notas de Ricardo Navas Ruiz (Madrid, *Clásicos Castellanos*, Espasa Calpe, 1973).

Quienes gobiernan no aparecen aquí como tiranos ni como salvadores de la patria sino como una gente interesada en sus propios asuntos y alejada de sus gobernados, cuyos afanes les importan poco («La distancia»). Tampoco cree Hartzenbusch en las reformas que pueden salir de los debates parlamentarios, y con parecido escepticismo ve los efectos redentores de la Ley, considerada sacrosanta panacea por otros fabulistas. En vez de proteger al ciudadano, las leyes contribuyen a esquilmarle y, muy a propósito, una fábula pinta el caso de aquel infeliz sorprendido por un ladrón y libertado después por un cuadrillero que le deja hasta sin calzones («Beneficios de la ley»).

Concluyo con don Pascual Fernández Baeza, muy liberal en su juventud, amigo de Alcalá Galiano y de don Juan Nicasio Gallego, partidario acérrimo de Mendizábal y que después llegó a magistrado, a senador y a escribir fábulas —dice en el «Prólogo» de éstas— por el «instinto que naturalmente me inclina a fustigar con las armas del ridículo los muchos vicios de que nuestra sociedad política adolece» (pág. 4)[7].

Sin dejar de ser liberal, Fernández Baeza evolucionó con el tiempo hacia el moderantismo, evolución que no puede seguirse en las fábulas pues, por desgracia, se recogieron sin fecha y, al parecer, sin orden. No es raro encontrar algunas muy circunspectas en vecindad con otras que podría haber firmado Gutiérrez de Alba. Asuntos de varias es el despotismo, oprobio de los pueblos, aunque el déspota de hoy ya no es el rey, sino los gobiernos conservadores: unas yeguas a las que molesta un Lobo acuden al Tigre para que las defienda y éste acaba por devorarlas. La moraleja aclara, «Si es un mal la agitación / del gobierno liberal, / es la calma sepulcral / bajo la dominación / de un déspota, mayor mal («La yeguada»).

La escena política reflejada aquí no ha cambiado con los años. Los candidatos siguen ofreciendo libertad y mercedes a sus electores y cuando llegan al poder no cumplen lo prometido («El Pollo y las Gallinas»), los mejores puestos continúan en manos de trepadores y adulones, y el gobierno, que está encargado de dar las leyes, es el primero en quebrantarlas («El Lobo y el Zorro»). La moralidad pública no existe cuando los gobernantes se enriquecen a costa del erario («El Lego y el Santo»), y tanto

[7] *Colección de las fábulas políticasy morales de... Presidente de la Sala de Audiencia de esta Corte, Senador del Reino, y antes constantemente Diputado por el Distrito de Ponferrada* (Madrid, Imprenta a cargo de C. González, Rubio N. 14, 1852); *Colección de fábulas morales de...* id, id... Declaradas de texto para las escuelas. Segunda edición aumentada (Madrid, Imprenta a cargo de C. González, 1853); *Nueva colección de las Fábulas políticas y morales de..., Senador del Reino y Consejero Real jubilado* (Madrid, Imprenta de M. Camporredondo, Huertas, 44, 1858); *Nueva colección de fábulas morales compuestas por el Excmo. e Ilmo. Sr...* 3.ª edición aumentada (Madrid, Imprenta de M. Rivadeneyra, 1858).

la oposición como la prensa, que tienen a su cargo el denunciar los abusos, dejan de hacerlo cuando les conviene. Así lo ilustra la fábula del perro que ladraba indignado a un gato que devoraba un jamón robado hasta que cayó un pedazo al suelo y el perro dejó de ladrar para comerlo: «A cuántos como el perro he conocido / que lanzando al gobierno ataques rudos, / un trozo de turrón los dejó mudos.»

En cambio, el magistrado estadista que fue don Pascual, ve la felicidad del país en la observancia de la ley y no en la revolución. Advierte en contra de las coaliciones de partidos opuestos porque traen confusión y anarquía («Los monstruos»), previene a los españoles contra la pasión partidista que hace olvidar los verdaderos intereses de la patria («Los gallos»), y recuerda a los ambiciosos la vieja máxima de que la Revolución devora a sus propios hijos: «Todo el que suba al poder / por una sublevación, / debe esperar con razón / que le llegue a suceder / quien tenga igual ambición» («Los Lobos»). Muy significativa es también la fábula que nos cuenta cómo la cola de la serpiente quiso ser cabeza y Júpiter se lo concedió, pero a poco de ponerse en camino cayó al precipicio porque no tenía ojos: «Pueblos, este caso advierte, / que no a la serpiente sola; / a cuantos guía la cola, / ciega conduce la muerte» («La Cola»). Moraleja que muestra sin dejar duda con cuánto escepticismo veía el autor la intervención popular en la política del día.

Creo que estos breves comentarios sobre media docena de fabulistas decimonónicos servirán para sentar algunas premisas dignas de tenerse en cuenta. Aunque se considera el siglo XVIII como el propio de la fábula, ésta tuvo su apogeo en el siguiente y entre 1800 y 1900 he contado un centenar de autores españoles con uno o más libros en su haber. Bastantes tuvieron varias ediciones y algunos para uso escolar se reimprimieron de modo tan prodigioso como el *Libro de los niños,* de Martínez de la Rosa, que pasó de las setenta ediciones.

Como es sabido, no faltó doctrina política en la literatura del país que vio nacer a Guevara, a Vitoria, a Las Casas y a Suárez, aunque estas doctrinas, al igual que las obras que se ocupaban de ellas, quedaron dentro del ámbito académico. A partir de la Revolución Francesa la fábula política refleja ya los problemas inmediatos de la historia contemporánea; quienes la escriben tienen simpatías de partido y la usan para hacer propaganda ideológica y no, como afirman en sus prólogos, para educar o mejorar las costumbres de los lectores. La fábula ya no vive apartada y, como la novela, la poesía o el teatro de su siglo, nos trae las inquietudes políticas del momento.

He escogido estos ejemplos, y en orden cronológico, porque muestran la vida española desde 1808 hasta mediado el siglo cuando gobiernan

los «espadones» conservadores de turno, y porque reflejan el modo de pensar de quienes representan a esas «dos Españas» que se enfrentan en el XIX. He aquí el patriotismo a ultranza de un P. Valvidares absolutista, el combativo constitucionalismo de Beña y de Jérica, la verborrea demagógica de Gutiérrez de Alba, tan característica en aquella juventud democrático de los años 40, el escepticismo de un Hartzenbusch testigo del desgobierno de España durante medio siglo y, por fin, el liberalismo templado del magistrado Fernández Baeza, quien veía los problemas del país en términos legales y parlamentarios.

Todos son herederos del optimismo utópico dieciochesco cuando piensan mejorar el mundo con sus admoniciones. Los tiempos cambian, pero no la naturaleza del hombre y por eso encontramos tantas fábulas que vienen repitiendo lo mismo desde los tiempos de Esopo.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA

The Ohio State University